RAMON GOY DE SILVA

SIRENAS MUDAS

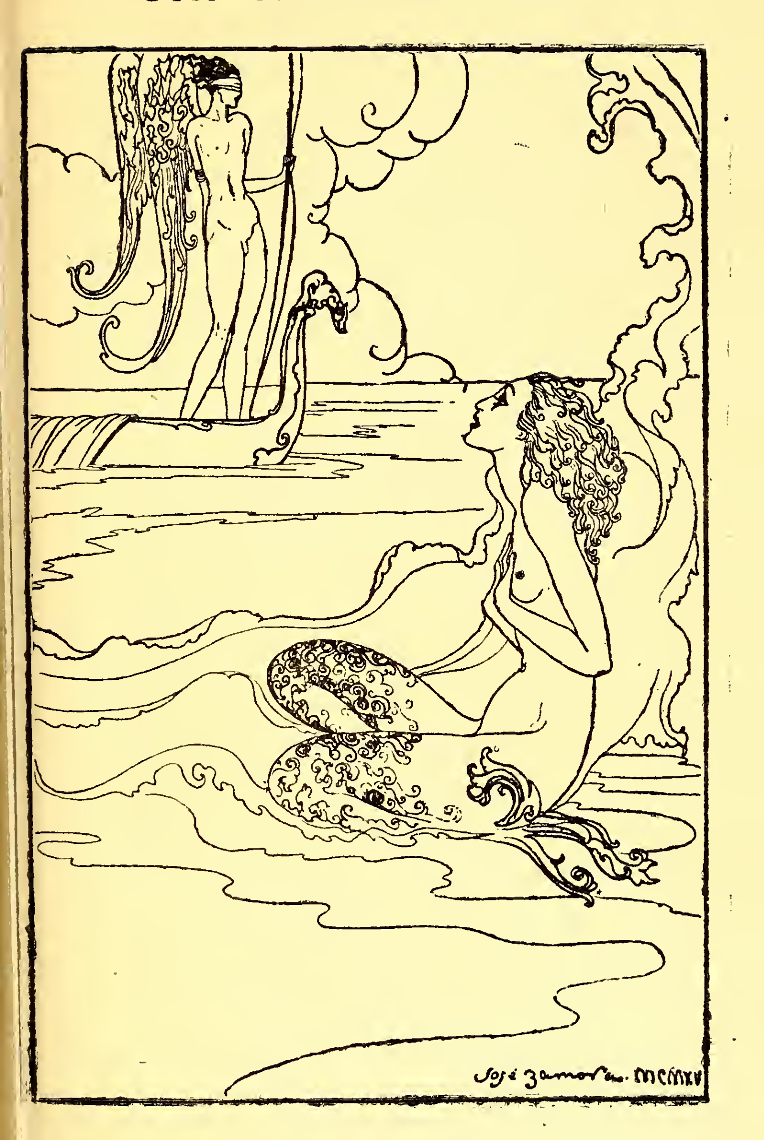


S EDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERIA, DIARIOS, REVISTAS Y PUBLICACIONES

DRID	BUENOS AIRES	BARCELONA	PARIS
tad, 7	Esmeralda, 574 y 576	Rambla del Centro, 10	Rue de Lille, 7



SIRENAS MUDAS



Al ilustre artista
Miguel Muñoz,
con el deseo de admirarle y
aplaudirle pronto en esta
Corte de las consagraciones,
su amigo afectísimo
que soy [illegible]

SIRENAS MUDAS

Agosto 1915

SIRENAS MUDAS

DRAMA EN TRES ACTOS, ORIGINAL DE **RAMON GOY DE SILVA**, ESTRENADO POR LA COMPAÑÍA DRAMÁTICA **MARGARITA XIRGU**, EN EL **TEATRO DE LA PRINCESA**, EL DÍA X DE MAYO DE MCMXV :-: :-: :-: :-: :-: :-:

MADRID

MCMXV

«E necessario ripetere ancóra che nello spazio scenico non può aver vita se non un mondo ideale? che il Carro de Tespi, come la Barca d'Acheronte, è cosi lieve da non poter sopportare se non il peso delle ombre o delle imagini umane? che lo spettatore deve aver coscienza di trovarsi innanzi a un'opera di poesia e non innanzi a una realtà empirica e ch'egli tanto è più nobile quanto più atto a concepire il poema come poema?»

Gabriele D'Annunzio: *Più che l'Amore.* (Discorso.)

«Diversidad de opinión sobre una obra de arte, muestra que la obra es nueva, compleja y vital.

Cuando los críticos están discordes, el artista está de acuerdo consigo mismo.»

Oscar Wilde: *El Retrato de Dorian Gray.*

A MARGARITA XIRGU

LA ARTISTA GENIAL QUE,
CON TODA EMOCIÓN, DIÓ
VOZ Y FIGURA AL ESPÍRITU
DE ELVIRA LEYVA.

Dramatis Personae

Elvira Leyva (35 años).
Isabel.
Carmen.
Ana.
Julia.

Jaime (25 años).
Don Carlos.

Reparto

Elvira Leyva..........	Margarita Xirgu.
Isabel...............	Julia Sala.
Carmen...............	Josefina Santaularia.
Ana.................	Josefa Segura.
Julia................	María de las Rivas.
Jaime...............	Ricardo Puga.
Don Carlos..........	Pedro Cabré.

ÉPOCA ACTUAL

ACTO I

ACTO PRIMERO (1)

—Una estancia en un pabellón de una antigua quinta, en Galicia, abierta sobre una galería de cristales que mira al mar, tranquilo como un lago, de riberas cercanas, unidas por un largo y angosto malecón y un puente, de moderna estructura, por el que pasa la vía férrea.

Al fondo del paisaje, sobre un cielo sin nubes, se extienden en suave declive tres colinas y el caserío pintoresco de las aldeas comarcanas.—

ESCENA PRIMERA

ANA Y JULIA

Julia.—¿Dónde pongo estas figuritas?

Ana.—Ahí, sobre la mesa, era donde las tenía el señor. ¡Dios le tenga en Gloria!... Decía que se inspi-

(1) Los asteriscos * indican los párrafos que se suprimieron en la representación.

raba viéndolas... Un día, con el plumero, rompí una... ¡Con qué cuidado la compuso, con qué cariño unió los pedazos! Parecía un muerto que se tratase de volver á la vida... Era esta misma... mira aquí, en el cuello, apenas se nota la señal...

Julia.—Es una mujer envuelta en un velo; parece que baila.

Ana.—Todas parecen bailar... El señor las había traído de Italia, y son de mucho mérito, porque son muy antiguas.

Julia.—¿Por qué las dejan aquí? Esas señoras, á lo mejor, pueden romperlas... Si el señor las estimaba tanto debían guardarlas en la otra casa.

Ana.—El señorito mandó que se dejaran. Sólo el piano grande, los libros y los retratos se quitaron de aquí... Además, esas señoras parece que son personas muy distinguidas, artistas...

Julia.—Les gustarán las flores; si supiera que llegaban hoy llenaba los floreros.

Ana.—No es seguro... vendrán cuando menos se piense. Esta mañana se recibió aviso de que estuviese todo preparado.

Julia.—¿Estarán aquí mucho tiempo?

Ana.—Han alquilado por todo el año; pero quizás vengan sólo á pasar la temporada... ¡Ah, si el señor viviera no consentiría en dejar á extraños esta casita que era su retiro!

Julia.—¡Qué bueno debía ser el señor, á juzgar por los retratos!... ¡qué cara tan simpática!... El señorito es toda su figura...

Ana.—Nunca hubo un hijo más parecido á su padre... ¡en todo!... tan artistas los dos...

Julia.—¡Qué cuadros tan hermosos pinta el señorito!...

Ana.—¿Y las obras del padre?... Cada drama era un éxito... Para saber lo que valía el señor no hay más que leer aquellos periódicos... Todavía lo elogian, como si estuviera vivo...

—Después de una pausa:—

¡Y pensar que con todo eso no fué nada feliz!...

Julia.—¡La pobre señora, loca... y aquella horrible muerte!...

Ana.—¡Oh, no hables!... ¡Si tú lo hubieras visto!... ¡Qué noche!... Fué ahí mismo, en ese mar tan manso... Yo la vi, desde aquí, arrojarse del puente, que estaba todavía en construcción... ¡Fué espantoso... pobre señora!...

—Santiguándose devotamente.—

¡Dios la haya perdonado!...

—Hay un silencio breve, de emoción, ante el recuerdo trágico. A poco, se oye la campana de la verja.—

Julia.—¿Quién será?...

—Mirando á través de los cristales de la galería.—

Unas señoras... hay un coche... Ya va á abrir Lorenzo...

Ana.

—Yendo á la galería.—

—¿Serán ellas?... Sí, deben ser esas señoras... Voy á recibirlas... Tú, mientras, pon las flores...

—Va hacia la puerta de la derecha. Antes de salir.—

¡Ah! Pasa un paño, en seguida, por ese espejo.

—Vase Ana.—Julia limpia, precipitadamente, el espejo de la chimenea, en el cual se mira luego, atusándose el pelo, con un ademán de coquetería. Coge los búcaros vacíos que hay sobre el mármol, entre los candelabros sin bujías y el reloj, y sale por la izquierda.—La escena queda sola un momento. Se oye la voz de Ana en la habitación contigua.—

ESCENA II

ANA, ELVIRA É ISABEL

—Entran por la derecha.—

Ana.

—Yendo hacia la galería.—

—Por aquí... Miren las señoras qué vistas... se ve el tren cuando pasa por aquel puente, sobre el mar...

Elvira.

—A Isabel, con emoción contenida.—

—Este era su cuarto de trabajo...

Isabel.

—Notando que Ana las observa.—

—¿Pasan muchos trenes?...

Ana.—No muchos... algunos también de noche...

Isabel.—¿Qué pueblo es ese de la otra orilla?...

Ana.—Jubia... ¿no han estado las señoras en Jubia?... es muy bonito... En verano está muy animado... viene mucha gente de la ciudad, y muchos extranjeros... Ya habrán visto las señoras toda la carretera llena de quintas... Esta es de las mejor situadas... Era muy artista el señor...

Isabel.—Un gran poeta... Este es el retiro de un poeta...

Ana.—¿Las señoras conocían sus obras... habrán visto representarlas?...

Isabel.—Todas, todas...

Elvira.

—Con estremecimiento leve y la voz ligeramente alterada. A Isabel.—

—¡Calla, por favor!... ¡Si esa buena mujer nos dejara solas un momento!...

—Se deja caer, sin ánimos, sobre una silla.—

Isabel.

—Después de una pausa embarazosa.—

—¿Es usted muy antigua en la casa?

Ana.—Desde que el señor, ¡que en paz descanse!, se casó... Yo crié á mis pechos al hijo... el señorito Jaime ¡y ya es un hombre!... y también le he visto casar...

Aquí vive el matrimonio, muy feliz... ¡Ah, cuando las señoras los conozcan!...

Elvira.

—Como herida, á esta noticia inesperada, extremadamente pálida; pero conteniéndose.—

—¿Se casó el hijo?...

Ana.—En año nuevo... Ahora están aquí, hasta el otoño, en la luna de miel... ¿Conoce la señora al señorito Jaime?... ¿conoció al señor?... ¡es su vivo retrato!...

Elvira.—¿Sí?...

Ana.—Su cara, su voz, sus gustos... ¡es ver al padre!...

—Reparando en la lividez de Elvira y en su temblor febril.—

¿Está mala la señora? ¡Se ha puesto muy pálida!... Acaso el viaje...

Elvira.—No es nada, un mareo repentino.

Ana.—¿Quiere la señora un poco de té?... Le hará bien.

Elvira.—Gracias, no es nada.

Ana.—Le hará bien... voy á prepararlo en seguida... Miren, en tanto, las señoras todo á su gusto... la casa es pequeña, lo que se dice *una tacita de plata...* El señor pasaba aquí la mayor parte del tiempo, en sus trabajos... Aquí tenía sus libros, sus papeles... hasta el piano de cola, que estaba en el salón de la casa grande, lo hizo traer para tocar por las noches, con las ventanas abiertas... le gustaba mucho el paisaje...

¡Ah, si la otra casa tuviese estas vistas!... La hicieron tan retirada, tan escondida entre los árboles, que el señor edificó este pabelloncito á la orilla del mar.

Isabel.—Pero el piano ya no está.

Ana.—El señorito Jaime lo tiene ahora en su estudio, muy cerca de aquí... en ese pabelloncito que vieron las señoras en el jardín... Pero ahí, en esa otra sala, hay uno pequeño...

—A Elvira, solícitamente.—

¿Está mejor la señora?

—Mirándola con interés, detenidamente, y queriendo recordar; pero sin reconocerla.—

Yo he visto... juraría... Me recuerda á álguien la señora... á álguien que he visto hace tiempo, en alguna parte...

Elvira.—Estuve por estos lugares hace tiempo... Yo también la recuerdo á usted... pero hace tanto tiempo que no vengo por aquí...

Ana.

—Como un eco.—

—Hace tiempo...

Elvira.

—Sintiéndose violentada bajo la mirada atenta de Ana, con súplica débil.—

—El té, ¿quiere usted?... se lo agradeceré...

Ana.—¡Ay, perdóneme la señora!... Al instante...

Bajen cuando gusten al jardín; estará servido muy pronto...

—Va apresuradamente á la galería y llama á la doncella.—

¡Julia, Julia!... Ven, un momento, á ayudarme... deja ahora las flores...

—Sale por la derecha.—

ESCENA III

ELVIRA É ISABEL

Isabel.—Es la nodriza; no te ha reconocido...

Elvira.—No, no me ha reconocido... ¡qué extraño, si estoy tan cambiada!...

Isabel.—Te ha visto poco y hace ya mucho tiempo...

Elvira.

—Después de una pausa, como obsesionada por una idea.—

—¡Casado... era mi temor!... ¿Para qué permanecer ya aquí?

Isabel.—¿Quieres marcharte?... ¿Adónde?...

—A un gesto de indiferencia de Elvira.—

¿Adónde?... Tu propósito al venir aquí era descansar, vivir entre tus recuerdos, sin preocuparte de la suerte de los seres que aquí encontrases, extraños ya á ti por completo.

Elvira.—Es su hijo...

Isabel.—¿Su hijo? ¿y qué?...

Elvira.—Su hijo no puede ser un extraño para mí... su hijo, á quien yo he visto niño, á quien yo quise como algo mío, por ser de él, y á quien ahora, después de tanto tiempo, puedo volver á ver como una encarnación del padre... ¿Has oído á la nodriza?: «El vivo retrato del padre, su rostro, su voz»... ¡Sí, sí, era ya el retrato de su padre cuando yo lo he visto de niño, y luego su autorretrato de la última Exposición!... Tú misma te asombraste del parecido...

—Isabel hace un movimiento afirmativo.—

¡Y si á ese parecido une el gesto, la voz!... ¡Oh, temo verle, no debo verle si está ya casado!... ¡Sería una fatalidad!...

—Una pausa.—

Isabel.

—Con dulce reproche.

—Entonces me has engañado... te engañaste á ti misma, Elvira... ¿Por qué venir aquí si podías temer una fatalidad?.... Ese parecido tan extraordinario no te era desconocido...

Elvira.—Pero sí su casamiento... ¡esa boda ignorada!...

Isabel.

—Sorprendida.—

—¿Pero cuáles eran tus verdaderos propósitos al venir?...

Elvira.

—Viendo descubiertos sus más íntimos pensamientos —

—Ni yo misma lo sé... Fué una idea á la vista de aquel retrato... Ante aquella imagen que parecía viva sentí despertarse todo mi pasado, con sus recuerdos y sus sentimientos más queridos... me sentí arrastrada hacia ese pasado que surgía ante mí como una nueva vida, y no pude sustraerme al deseo de volver á este lugar, que creí haber abandonado para siempre, perdido para siempre, atraída por un fantasma...

Isabel.—Un fantasma, dices bien; un fantasma es lo único que te atrae aquí, que te obsesiona... lo único qne puedes hallar y amar en este sitio... Vámonos, vámonos; es lo mejor... partiremos en el próximo tren.

Elvira.

—Con perplejidad.—

—¿Y adónde?... ¿Adónde?...

Isabel.—¿Repites mi pregunta?...

Elvira.—¿Qué nuevo plan de vida?... Todo estaba preparado, decidido... y ya aquí, en esta casa que me pertenece, temporalmente... en estos lugares que anhelaba volver á ver, volver á vivir en una paz silenciosa, me invade el temor de la presencia del hijo como una fiel encarnación del *Otro*, del muerto inolvidable... Y ese hijo está casado, como *El*, es de ***otra...*** ¡Ah, no, no!... El pasado vuelve fatalmente... vuelve con todas sus tentaciones, con todos sus peligros... Debo huir... debo huir... no tendría valor...

Isabel.—El tren no tardará; si hemos de partir...

Elvira.—Espera... no puedo dar un paso... estoy como aferrada á este sitio... ¡Abandonarlo todo ahora!...

Isabel.—No debemos perder un instante...

Elvira.—Quisiera verle sin que él me viese... ¡Si pudiera verle!...

Isabel.—¡Ah, buscas el peligro!...

Elvira.—Sólo verle un momento, sin ser vista, y después partir...

Isabel.—¡Buscas el peligro!...

Elvira.—Quizás tengas razón... quizás sea mejor marchar ahora...

Isabel.—¡Vámonos, sí, vámonos!...

Elvira.—Espera... quiero, al menos, llevar bien renovada la impresión de este lugar donde fuí algún tiempo feliz... ¡Yo no puedo ver esto con indiferencia!... Yo he sido aquí feliz, verdaderamente... la única vez que fuí verdaderamente feliz en mi vida...

Isabel.—Te impresionarás... te impresionarás demasiado...

Elvira.

—Mirando en derredor.—

—¡Todo lo mismo!... Su mesa de trabajo... sus grabados y hasta sus tanagras, que danzaban eternamente á su vista. * Y aquel retrato de «Simonetta», y aquel busto de «La bella desconocida», y estas reproducciones de Dante-Gabriel...

—Examinando atentamente los cuadros.—

¡Cuántas veces, contemplando juntos la tierna expresión de estas imágenes, la casta actitud de Beatriz, conmovida por la mirada del Alighieri, *El* me decía quedamente: «Así te amo yo, así, mi Beatriz!...» Y yo sentía celos de oirme llamar por el nombre de otra... tenía celos de esta casta imagen, á quien él me comparaba; pero me sentía, al mismo tiempo, feliz considerándola á ella demasiado lejana é intangible... *

—Hay una pausa. Se oye, distante, el silbido de una locomotora.—

Isabel.—*El tren que llega... todavía es tiempo...*

—Elvira parece no oir nada. Va lentamente hacia la galería y contempla el mar.—

¡Vámonos, vámonos!...

Elvira.

—Con emoción, á la vista del puente.—

—¡Aquel puente, oh, qué impresión!...

Isabel.

—Conmovida también.—

—¿Fué desde allí?...

Elvira.—Sí... en una tarde como esta, al obscurecer... ¡Estaba loca, pobre mujer, estaba obcecada!...

Isabel.—¡Vámonos, Elvira!...

—Se oyen risas en el jardín.—

Elvira.

—Como despertando.—

—¿Quién viene?...

Isabel.

—Mirando por los cristales.—

—Deben ser ellos...

Elvira.

—Con ansiedad.—

—¿Quiénes?...

Isabel.—Ellos...

Elvira.

—Con inquietud.—

—¡Vámonos, vámonos!...

Isabel.—Se dirigen hacia aquí.

Elvira.—¡No podré, no podré!... ¡Vámonos!...

Isabel.—Han entrado...

Elvira.—¡No podré, no podré!...

—Dejándose caer sobre una silla, oculta por un momento el rostro entre sus manos. Hay un largo silencio.—

ESCENA IV

ELVIRA, ISABEL Y ANA

Ana.

—Sorprendiendo á Elvira en su actitud.—

—¿Está peor la señorita?

Elvira.

—Reponiéndose.—

—No es nada...

Ana.—Acaban de llegar los señoritos y desean saludar á las señoras...

—Elvira é Isabel se interrogan con la mirada. Elvira, como resignada, inclina la cabeza con asentimiento.—

Isabel.

—A Ana.—

—Con mucho gusto.

Ana.—El té será servido en seguida.

—Sale Ana.—

ESCENA V

ELVIRA, ISABEL, CARMEN Y JAIME

Isabel.—Es inevitable...

Elvira.—Habla tú... temo delatarme... Nunca fuí menos dueña de mí que en estos momentos... Parece como si fuese á abrirse una tumba... tiemblo como si por esa puerta fuese á entrar un ausente á quien llorásemos creyéndole perdido... como si por ahí fuese á aparecer, ahora mismo, un resucitado...

Isabel.—Ten valor.

Elvira.—¡Valor!...

—Oprimida por una gran ansiedad, da algunos pasos por la estancia, inseguramente; luego va hacia la galería y permanece como absorta en la contemplación del paisaje. En el

fondo lejano, tras los montes, parecen extenderse velos de sombra sobre el cielo, intensamente azul, en el que lucen las primeras estrellas.

Se oye, dentro, la voz de Jaime formulando una pregunta.—

Isabel.

—Desde la puerta, á la derecha.—

—Por aquí...

Elvira.

—En la galería, con exclamación contenida.—

—¡Su voz!...

—Entran Carmen y Jaime.—

Jaime.

—Inclinándose ante Isabel.—

—¿La señora viuda de Pondal?...

—A un movimiento afirmativo de Isabel.—

—Perdónenos usted, señora... no teníamos aviso de su llegada... Acabamos de saber...

Isabel.—Gracias... No he avisado á su administrador porque no pensaba venir tan pronto... pero mi prima ha llegado anticipadamente, ávida de aire, de campo, de luz, y he adelantado mi viaje...

Carmen.—¡Oh, aquí estarán ustedes bien!... ¡aire y sol!... ¿dónde mejor?...

Jaime.

—Viendo á Elvira, que permanece en la galería, como ajena por completo á ellos.—

—¿La señora?...

Isabel.

—Llamándola.—

—¿Elvira?...

—Esta se vuelve lentamente y parece sorprendida á la vista de los recién llegados, como si ignorase su presencia. Fija instintivamente su mirada inquieta sobre Jaime y una palidez extremada cubre su rostro súbitamente; pero á un supremo esfuerzo de su voluntad, á una muda é imperiosa llamada de todas sus energías, logra disimular su emoción y avanza hacia el grupo, con apariencia tranquila.—

Isabel.

—Presentándoles.—

—Mi prima, Elvira Leyva... Los señores de Ancéis...

Jaime.

—Tendiéndole la mano, con sorpresa y admiración contenidas.—

—¿Elvira Leyva?... ¿Entonces... es usted la gran trágica?...

Elvira.

—Dulcemente.—

—¿Me conoce usted?...

Jaime.

—Desbordante.—

—¿Usted?... ¿es usted?... ¡Oh, qué suerte, qué dicha!... ¡Cuánto he oído hablar de usted á mi padre!... ¡Usted no sabe con cuánto entusiasmo hablaba mi padre, de usted, siempre que se enteraba de alguno de sus triunfos!...

Elvira.

—Con ligera emoción.—

—¡Su padre!...

Jaime.—Era usted para él como un ser divino... la más grande artista... Y yo, poseído de todo su entusiasmo, lleno de curiosidad, anhelaba ver á usted en su arte... compartir la dicha de mi padre... Pero usted, siempre expatriada... por esas tierras lejanas siempre, era como un sueño irrealizable para mis deseos... Y ahora aquí, tan impensadamente... ¿es posible esto?... ¿es realidad?...

—Mientras habla él, con todo entusiasmo, tiene entre las suyas la mano de Elvira, un poco temblorosa. Ella quiere responder, pero la voz se apaga en sus labios y trata en vano de expresar algo claro, porque sus palabras salen ahogadas por la emoción á duras penas contenida.—

Carmen.

—Con sinceridad.—

—¡Qué alegría para nosotros!... También yo deseaba conocerla...

Jaime.—¡Si viviera mi padre!... ¡qué feliz sería en este instante!...

Elvira.

—Estremeciéndose al sonido de su propia voz, extrañamente conmovida.—

—Su padre era un gran artista... el poeta que más amé... que amaré siempre...

Jaime.

—Con emoción exaltada, al recuerdo del muerto querido.—

—¡Hábleme usted así, hábleme usted de él!... Usted no sabe qué valor tienen para mí sus palabras... Mi padre parecía escribir sus obras exclusivamente para usted... parecía inspirarse en el recuerdo de usted, siempre... Y yo le oía decir cada vez que daba vida á nueva concepción: «Ella sentirá esto como nadie... comprenderá como nadie la complejidad de este espíritu, la honda ternura de este alma que ella sólo sabrá encarnar según mis deseos»...

Elvira.

—Impresionada.—

—¡Ah, el artista!... ¡Aquel artista!...

Jaime.—Y yo sabía que esa *Ella* era usted; usted la intérprete obligada de todas sus creaciones... *la insustituíble*... ¡figúrese usted mi afán por conocerla!... ¡nuestra felicidad por tenerla aquí, entre nosotros, por algún tiempo!... ¿cuánto?...

Elvira.—No sé... Estaré algún tiempo entre ustedes... necesito descansar algún tiempo... todo lo posible...

Jaime.—¡Todo lo posible... todo lo más posible!...

—Estrechando tiernamente la mano de Carmen.—

Carmen y yo hemos proyectado muchas cosas bellas, que ustedes, ahora, compartirán!...

Elvira.—¿Son ustedes muy felices?

Carmen.—¡Muy felices!...

Jaime.—¡Oh, sí!... Y aquí, en esta estancia tan íntima y querida, con la presencia de usted y entre todos estos objetos familiares... la ilusión de la presencia de mi padre es real, y aumenta mi felicidad... parece que fuese á salir, de un momento á otro, de esa habitación, donde tenía su piano y su biblioteca.

Elvira.—Yo también estuve en esta estancia una vez, de paso para América... Su padre terminaba entonces una de las obras que habían de proporcionarle uno de sus más grandes triunfos... Yo no quería partir sin esa obra y tuve que demorar mi marcha... Todas las tardes, durante algunos días, venía yo aquí... ¡con cuánto entusiasmo me oía leer sus versos todavía recientes!... Él y yo leíamos á un tiempo las escenas inéditas, como en un primer ensayo en el cual él y yo fuésemos los únicos actores y los únicos espectadores...

Jaime.

—Anhelante, á una pausa de ella.—

—¡Hable usted!... ¡hable usted!...

Elvira.

—Con tristeza.—

—Pero ¿á qué recordar?... ¿á qué evocar momentos de un pasado que pertenece ya á la Muerte?... No podría expresar nunca la dulzura de aquellas horas en las que nuestras almas se unían en una doble comunión de arte y de belleza... ¿Nunca le habló de mis visitas á este santuario?... ¡Cuántos proyectos imaginados aquí, que más tarde habían de realizarse con éxito!... ¡Cuántos que nunca habían de ser realizados!...

Jaime.—El recuerdo de usted estaba vivo constantemente en torno de mi padre... sus retratos en mil actitudes distintas; las flores y los libros predilectos de usted, y hasta su perfume... ese mismo perfume que envuelve á usted como una atmósfera propia y que fué mi primera sorpresa al entrar aquí esta tarde... Le gustaba trabajar entre todo lo que podía recordarle á su inspiradora, á la mujer que supo, como nadie, comprender y amar su obra, revistiéndola de una belleza y una vida nuevas ante las multitudes...

Elvira.—¡Habla usted como él!... ¡su acento, sus palabras!... Es usted como él, en sus años de entusiasmo y juventud... tan exactamente, que al verle y al oirle en este instante me pregunto si esto no es una ficción... una alucinación de mis sentidos, y si yo verdaderamente estoy aquí, ó si todo esto es un sueño...

Jaime.

—Alegremente.—

—No es un sueño... Está usted entre nosotros, que ya

no la dejaremos partir... Ya son ustedes nuestros huéspedes... dos nuevas hermanas que nos sorprenden en nuestra íntima felicidad... dos aves nómadas que se han metido en nuestra jaula y á las que ya no dejaremos escapar...

Carmen.

—En el mismo tono.—

—¡No, no las dejaremos!...

Elvira.

—Compartiendo la alegría de ambos.—

—¡Si ustedes supieran que hace unos instantes, antes de llegar ustedes, estábamos dispuestas á huir!...

Jaime.

—Con sobresalto.—

—¡Cómo!...

Isabel.—Nos sorprendieron ustedes á tiempo...

Jaime.—Pero ¿por qué huir, por qué?... Explíquennos ustedes eso...

—Se oye de nuevo el silbato del tren que pasa.—

Elvira.—* En ese mismo tren hubiéramos partido...

Jaime.—¿En ese tren?... Pero ¿por qué?...*

Isabel.—Temíamos estar aquí demasiado solas...

Jaime.—

—Riéndose.—

—¿Y adónde iban ustedes, adónde?...

Elvira.

—Tras un silencio breve, sonriente.—

—¡Dios sabe adónde!...

—Ante la galería, los cuatro forman un grupo familiar viendo alejarse el tren, por el puente, sobre el agua marina, encendida de pronto al múltiple reflejo de las luces oscilantes.—

ESCENA VI

LOS MISMOS Y JULIA

Julia.

—Por la derecha. Anunciando.—

—Don Carlos pregunta por los señores... acaba de llegar... Cuando los señores gusten, el té está servido en el jardín.

Jaime.

—Muy contento.—

—¿Está ahí tío Carlos?... ¿Me permiten ustedes, señoras?... Voy á tener el gusto de darle la sorpresa...

—Va hacia la puerta por donde ha salido la doncella y llama con jovialidad.—

—¡Eh, tío Carlos!... por aquí... voy á presentarte á nuestras nuevas vecinas...

ESCENA VII

ELVIRA, ISABEL, CARMEN, JAIME Y DON CARLOS

Don Carlos.

—Entrando como quien viene de la claridad.—

—¿No me esperábais hoy?...
Carmen.

—Saliendo á su encuentro.—

—Hoy es un día de sorpresas...
Don Carlos.

—Paternalmente.—

—¿Qué hay de nuevo, hijos míos?...
Jaime.

—Cogiéndole de una mano.—

—Ven, ven...

—Se detienen ante Isabel, que está más próxima.—

—Mi tío materno, don Carlos Castro... La señora viuda de Pòndal...

—Don Carlos saluda ceremoniosamente.
Jaime adelanta un paso hacia Elvira, que está fuera de la zona de luz, en la penumbra.—

Y su prima... Elvira Leyva... ¿no basta con este solo nombre?...

—Don Carlos, al oir este nombre, se yergue, como si recibiese en pleno rostro un fustazo. Elvira, por su parte, con la faz ensombrecida, revela en su gesto la contrariedad. Es un momento rápido tras el cual ambos, repuestos de la impresión primera, se saludan fríamente, con una leve inclinación.—

Jaime.

—Sorprendido ante esta frialdad.—

—Pero ¿no la conoces, tío?... ¿No conoces á la artista célebre?... ¿á la amiga fiel, á la entusiasta colaboradora de mi padre?...

Don Carlos.

—Esforzándose por disimular su indignación y contenerse. Con voz ligeramente alterada.—

—¡No esperaba ver aquí!... No esperaba... ¿Por cuánto tiempo?...

Jaime.—¡Por mucho tiempo!... por tiempo ilimitado...

—A Elvira.—

¿No es verdad?...

Elvira.

—Contestando maquinalmente, como un eco.—

—Por tiempo ilimitado...

Jaime.

—Con alegría, dando unas palmaditas en la espalda á don Carlos.—

—¿Y tú, querido tío, por cuánto tiempo vienes á hacernos dichosos con tu compañía?...

Carmen.—¿Ahora no nos dejará usted, verdad?...

Don Carlos.—No sé... depende... Quizás tenga que partir mañana mismo... quizás también pueda estar aquí por tiempo ilimitado...

—Cambia con Elvira una mirada fría y retadora.—

Jaime.—¡Todos, todos por tiempo ilimitado!...

—Yendo hacia Carmen, que habla aparte con Isabel.—

Vamos ahora á tomar el té.

—Van saliendo por la derecha: primero Carmen; Jaime é Isabel la siguen inmediatamente, hablando con animación; Elvira y don Carlos quedan los últimos, de intento.—

ESCENA VIII

ELVIRA Y DON CARLOS

Don Carlos.

—Reteniéndola, casi ante la puerta. Con brevedad.—

—¿Por qué ha venido usted?... No comprendo... pero

es indispensable que salga usted de aquí cuanto antes... que se aleje usted para siempre...

Elvira.

—Fríamente.—

—¿Por qué?... ¿En nombre de qué y de quién?...

Don Carlos.

—Aproximándose más á ella, en voz velada y solemne.—

—¡En nombre de ellos... de los muertos!... y de su propia conciencia...

Elvira.

—Con desdén.—

—¿Mi conciencia?... ¡No me manda partir!... Y los muertos... si uno de ellos resucitase, tal vez le pidiese á usted cuenta de sus palabras...

—Sale dignamente, con el paso algo precipitado, por la misma puerta que han salido los demás. Don Carlos la sigue con la mirada, rencorosamente. Se oye la risa de Jaime en el jardín.—

Aquí termina el acto primero.

ACTO II

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

—Una terraza frente al mar, con blanca balaustrada de mármol. Sentados ante una mesa de piedra, sobre la que hay un gran ramo de flores y un libro, Elvira y Jaime oyen atentamente las notas de un piano, amortiguadas por la distancia. Es el canto de muerte de Tristán é Iseo (1). Anochece sobre las colinas lejanas, teñidas todavía por los últimos reflejos crepusculares. Hay una gran quietud en el jardín, y, sobre este silencio, las últimas vibraciones del canto caen como las gotas postreras de la lluvia tras una gran tormenta.—

Elvira.—¡Qué horizontes imposibles me evoca siempre esa música!.. ¡Qué delirio de pasión, al fin sin obstáculos, abolida ya toda miseria terrena!... Con qué inefable seguridad, con qué divino ardor se cierne ahora el canto de Iseo, el canto de la muerte humana y de la vida eterna... Sólo así puede cantar quien ya

(1) *Muerte de Iseo,* de R. Wagner, arreglada para piano por F. Liszt.

ha pasado el umbral secreto y comienza á transfigurarse... El mundo era demasiado estrecho para su amor...

Jaime.—Este canto de muerte es también un canto de victoria... ¿Y esas notas postreras?... ¡qué paz sobrehumana parece llover con ellas desde una lejanía sideral!... Se comprende que ya la asunción de sus almas se ha realizado... Y, por último, sobre este océano de beatitud y paraíso todavía flota el tema del deseo, del deseo que nunca muere en el corazón del hombre.

Elvira.—Sí, es cierto... no hay en la leyenda símbolo más imperecedero... y jamás hombre alguno encontró armonía más reveladora de lo eterno ni que más cosas suscitara en nosotros... ¡Cuántos sentimientos generosos, cuánta pasión indomable despiertan en el fondo de nuestro sér, al escuchar esas palabras de Anunciación!

Jaime.—Pero en usted ningún sentimiento generoso puede estar dormido...

Elvira.—Hay algo siempre que duerme en el fondo de nuestro corazón y que sólo una voz puede despertar, la voz del amor, de la piedad, de la venganza...

—Tras una pausa breve continúa con voz queda y pensativa, en la que también se advierte un leve acento de amargura.—

La voz del renunciamiento.. Esa voz que nos dice íntimamente en los momentos de desencanto: «Querellas, odios, luchas... ¿para qué?...» Todavía hay sor-

presas en el camino ignorado de la vida... y, más allá de la vida, algo que presentimos, que nos preocupa y aparta muchas veces nuestra vista y nuestro pensamiento del pasado...

Jaime.—¡El pasado!...

Elvira.—El pasado es algo que no pertenece ya á la vida... es como un libro que hemos cerrado y cuyas páginas podemos recordar, pero no volver á leer... un camino que se cierra á nuestro paso y en el cual hemos dejado sólo tumbas... tumbas casi todas indiferentes...

Jaime.—¿Indiferentes?...

Elvira.—Casi todas... Aunque todavía queden algunas que no se hayan cerrado á nuestro recuerdo... aquellas sobre las que hemos vertido una lágrima de piedad, sobre las que hemos dejado nuestras flores de amor ó pronunciado una palabra de perdón... Y así vamos por el mundo, en busca de la felicidad, como peregrinos por un campo sembrado de tumbas, y cuando creemos encontrarla, hemos llegado á nuestra propia tumba.

Jaime.—Habla usted como quien sabe no ha de llegar nunca á la tierra de promisión... como quien ha perdido toda esperanza y camina hacia un fin previsto, sin dejar tras sí una sola voz que le llame... ¿por qué?...

Elvira.—No pueden llamarnos las bocas que ya están mudas... Y si alguna pudiese llamarnos, debemos continuar sin oirla... sería un engaño y correríamos el riesgo de retroceder, y ¡ay del que retrocede en la vida creyendo volver á hallar la dicha que dejó!... No en-

contrará sino despojos, y sólo oirá palabras que le recuerden todo lo que perdió para siempre... No debemos oir más voces que aquellas que hablen delante de nosotros, frente á frente, aunque nos digan una verdad amarga.

Jaime.—Me extravía usted... No sé qué pensar... Sus palabras de hoy son una contradicción de sus palabras de otros días... Ayer hablaba usted como quien está ilusionado y lleno de dulces esperanzas... Hoy habla usted como quien ha perdido la fé al golpe de una gran decepción.

Elvira.—¿Como quien ha perdido la fé?... Mis negaciones no son para el futuro... No puedo negar lo que no conozco... Nadie sabe lo que ha de venir... y no negando el futuro, la fé y la esperanza existen, existen siempre...

—Con una ligerísima ironía.—

hasta más allá de esta vida...

Jaime.—Sí, debe usted confiar en el porvenir... usted puede ser todavía feliz...

Elvira.—Si la felicidad es no desear ya nada, entonces soy feliz...

Jaime.—Lo posee usted todo... la belleza, la gloria, la fortuna...

—Con la voz algo alterada—

y, seguramente, el amor...

Elvira.—Lo he perdido todo...

Jaime.—¿Qué dice usted?...

Elvira.—He perdido el deseo... y la belleza se aleja con mi juventud...

Jaime.—¡Oh! Belleza y juventud son todavía suyas, como dos esclavas sumisas...

Elvira.—Belleza y juventud, esclavas son de la Vida... á ella sirven nada más... Nosotros somos su alimento... ¡Ah, nuestra pobre carne!...

Jaime.—¿Recuerda usted las palabras de Shakespeare?:

«*Nunca me deja alegre el son de música acordada...*»

¿Es, acaso, la música lo que desvanece su optimismo?...

—El la interroga con una dulce expresión en la voz y en la mirada, estrechando entre sus manos, suavemente, una mano que ella le abandona. Ambos se miran un instante, conmovidos, ligeramente temblorosos. Hay un gran silencio en torno, como si todas las cosas que les rodean estuviesen dormidas en la serenidad profunda de la hora crepuscular. Llegan de lejos suaves ráfagas armónicas, las notas de una nueva melodía.—

¿Es la música?...

Elvira.—¡Oh, no!... La música ejerce sobre mi espíritu una dulce influencia... Siempre que oigo una música conocida y amada, es como si me asomase á un viejo jardín que hubiese alegrado los días de mi infancia... un viejo jardín de aromas familiares; así son esas

notas para mí, frases que oí en tiempos más felices, entre flores.

Jaime.

—Como embriagado de sentimiento.—

—¡Es usted una criatura excepcional!... Tiene usted el don divino de embellecerlo todo... ¿Qué encanto hay en sus palabras, que despiertan en mí ecos desconocidos?...

Elvira.

—Sonriente.—

—Soy una pobre criatura, como todas las demás, que á veces sueña alto; eso es todo...

Jaime.—¡Soñar alto!... Las palabras de usted parecen mensajeras de no sé qué país feliz, para decirnos toda la ternura de la vida...

Elvira.—¿Mensajeras de un país feliz?... No he conocido ningún país feliz... He recorrido el mundo en busca de ese país y no lo he hallado... ¿Habré pasado por él de noche, quizás dormida?... ¿Pude llegar alguna vez al país de la felicidad viajando siempre sola?...

Jaime.

—Con incredulidad, muy quedamente.—

—¿Sola?... ¿siempre... siempre?...

Elvira.

—Como un suspiro.—

—Siempre...

Jaime.—Es verdad... Difícil es á un sér como usted encontrar un compañero digno... ¿Está usted sola... verdaderamente sola?...

Elvira.

—Sonriendo dolientemente.—

—Sola, sola con mi secreto...

Jaime.—¿Y ese secreto?...

Elvira.—Un secreto no puede decirse nunca si queremos que sea siempre un secreto...

—Jaime va á hablar, pero se contiene al ver á don Carlos, que llega por la derecha del jardín, y se levanta para ir á su encuentro.—

ESCENA II

ELVIRA, JAIME Y DON CARLOS

Jaime.

—Con expresión afectuosa, pero un poco violentado por la transición obligada.—

—¡Hola, tío Carlos!... ¿Fuiste á la ciudad?...

Don Carlos.

—En traje de montar. Entra sonriente, creyendo que es Carmen quien está con Jaime; pero al ver á Elvira se detiene sin poder reprimir un gesto de contrariedad, y saluda con un ligero movimiento de cabeza, preguntando á Jaime.—

¿Y Carmen?...

Jaime.—Hace poco dió una vuelta conmigo por el jardín; pero se sintió fatigada... está en casa...

Don Carlos.—He encargado tus pinturas y los grabados... mañana te los enviarán... El libro tienen que pedirlo á Madrid...

Jaime.—Gracias... ¿Y *Súliman*, qué tal se ha portado?

Don Carlos.—¡Oh, no me hables!... Está salvaje ese animal... se asusta hasta de los carros de bueyes... ¿es que ya no lo sacan nunca de la cuadra?...

Jaime.—¡Todos los días los lleva Lorenzo por ahí!... *Ariel* es más dócil... ¡pero ese diablo de *Súliman!...* Es Carmen quien lo tiene mal acostumbrado... ¡Buen susto nos dió el otro día!... ¿verdad, Elvira?...

—Elvira sonríe ligeramente.—

Ten cuidado, tío, ten cuidado... Habrá que dejarlo mientras no pueda volver al dominio de su ama... te recomiendo á *Ariel.*

—Sale Julia por la derecha, con un envoltorio.—

ESCENA III

LOS MISMOS Y JULIA

Julia.—Acaba de traer este encargo la demandadera...

Jaime.—¿Es para mí?

Don Carlos.—No, son cosas de Carmen...

—A Julia.—

Llévelo á la señorita.

—Vase Julia por la izquierda. A Jaime, con cierto misterio.—

Cosas azules... Está empeñada en que ha de ser un niño...

—Disponiéndose á partir.—

¿Te quedas?

Jaime.—Te esperamos aquí... ¡Ah! Tienes dos cartas de la fábrica... ¡No te llamarán otra vez!... ¡Nos privaron de tu compañía todo el verano!...

—Don Carlos saluda con la mano, sin mirar á Elvira, que hojea distraídamente el libro, y se va con alguna precipitación, como si desease librarse de la presencia de ésta.—

ESCENA IV

ELVIRA Y JAIME

Jaime.

—Volviendo á ocupar su asiento junto á Elvira, que parece absorta en la lectura de un pasaje de la obra, le habla suavemente, reanudando la conversación interrumpida.—

—Hablaba usted de un secreto que no puede decirse...

Elvira.

—Aparta la vista del libro y la fija en Jaime, un momento, en silencio; luego, cerrando el libro, con lentitud, lo deja sobre la mesa y habla.—

—No, no puede decirse...

Jaime.—No puede decirse más que al sér á quien creamos digno de confiárseló..., tiene usted razón..., y ese sér debe pertenecerse á sí mismo, mejor dicho, debe pertenecernos... ser nuestro, para así no ser más que uno en dos, sin que un tercero se interponga como un obstáculo...

Elvira.—¿Por qué dice usted eso?

Jaime.

—Dolorosamente.—

¡Demasiado me comprende usted!... Usted está sola, y yo no... estoy ligado á otro sér... ligado para siempre...

Elvira.—¡Cómo dice usted eso!... Habla usted como quien ve ante sí un muro infranqueable...

Jaime.—¡Y no puede retroceder!...

Elvira.—¡Calle usted, calle usted!... ¿No es usted amado?... ¿No ama... no es usted feliz?...

Jaime.

—Con sorda desesperación.—

—¿Feliz?... ¿Pero no comprende usted?... ¿Acaso necesita usted que yo hable, que le diga?...

Elvira.

—Poniéndole una mano, levemente, en los labios.—

—¡No, no hable usted!... Ante lo irremediable debemos permanecer mudos, mudos con nuestro dolor...

Jaime.

—Con ansiedad.—

—¿Y ante otro dolor hermano?...

Elvira.—Mudos, mudos heroicamente, ante otro dolor, lo mismo que ante otra felicidad, cuando nuestro silencio puede evitar una tercera víctima...

Jaime.

—Trémulo de emoción.—

—¡Esas frases!...

Elvira.—Sí, son las del poeta, las mismas que escribió su padre, quizás en un momento de abnegación. Por eso las recuerdo ahora y las pronuncio como una sentencia, como una suprema ley... como algo que está ya consagrado por la muerte y por la gloria, y que parece dicho desde el país de la verdad... ¡Oh, la verdad, la verdad que sólo parece poseer aquélla que reina en la sombra!...

Jaime.—Para hablar de la realidad no debemos recordar la voz de la poesía.

Elvira.—¿Y qué otra voz puede ocultar y embellecer mejor las tristezas y las fealdades reales?... En la tragedia de su padre... en este mismo libro que está aquí, abierto ante nosotros, hablan sólo las almas, como en este momento entre nosotros...

Jaime.—¿Y es usted como la heroína de esta obra?... ¿Es su alma como el alma de esta pobre sirena, que tantas veces encarnó usted en la escena?...

Elvira.

—Alarga la mano y coge nuevamente el libro que está encima de la mesa, busca un momento hasta encontrar la página, y lee, casi sin mirar el libro, contemplándole á él con una suave desesperación. Cuando termina, vuelve á dejar el tomo en su sitio.—

—«Como esa pobre sirena que tenía en sus manos la felicidad y veía pasar ante sí al Amor, con los ojos vendados, en una barca, hacia el abismo... y no podía evitarlo llamándole, porque era muda... porque era la sirena muda y no podía cantar... Y el amor pasó de largo sin verla y sin oirla, y ella, entonces, se ahogó... se ahogó de pena...»

Jaime.

—Con la voz entrecortada, tomándole ambas manos apasionadamente.—

—¡Usted, usted!... ¿Es usted?...

—Ella se esfuerza en sonreir y cierra los ojos con languidez, en un momento de abandono.—

Pero eso no sucederá, eso no sucederá en la vida, como en la escena, entre usted y el amor que pasa ahora, cerca...

Dulcemente, insinuante.—

¡Usted canta!... y el amor la escucha, y el amor la busca... busca la felicidad que está en sus manos... Usted no puede negársela... no puede dejarle seguir hacia el abismo... ni el amor puede dejar que usted se ahogue, ¡no, no!...

Elvira.

—Como extraviada.—

—¡Cállese, cállese!...

Jaime.—¿Por qué callar, si nuestro deseo está sobre nuestro silencio?... ¡Es el amor quien habla por nosotros!...

Elvira.

—Débilmente, intentando desasirse.—

—¡Cállese, oh, cállese!...

Jaime.

—Reteniéndola aún, hablándola con dulzura, muy cerca de sus labios.—

—*Sus manos tiemblan... quieren huir... ¿por qué?... ¿por qué?...

—Le besa las manos antes de abandonárselas.—

Deje usted que nuestras almas sueñen unidas esta tarde, como hace poco, en esa música, deliraban juntas las almas de Iseo y de Tristán, en un canto de amor...*

Elvira.—*Es un presagio... es un triste presagio esa

música... el canto del amor que va á morir... Todo esta tarde nos habla fatalmente de tristes despedidas...*

Jaime.

—Como un náufrago.—

—¡Elvira, Elvira!... No tenga usted cerradas por más tiempo las puertas de su prisión... salga usted de esa torre solitaria...

Elvira.—¡Es tarde! ¡demasiado tarde!... La luz descubriría, al que me amase, mi vejez... Fué largo mi encierro... ¡toda mi juventud!... debo permanecer en él eternamente, sola con mi secreto...

Jaime.—¿Y yo?... ¡Ah, juntos, juntos para siempre!

Elvira.

—Levantándose agitada, mirando á todos lados con temor.—

—¡Si alguien le oyese!... ¿No comprende usted que sus palabras podrían destrozar una vida?

Jaime.

—En pie, convulso.—

—¿Por salvarla á usted?... ¡Una, mil vidas... mil víctimas sacrificaría por salvarla!... Usted, usted únicamente merece los sacrificios... Sépalo usted...

—Con voz queda y como librándose de un peso que le oprimiese.—

Sépalo usted para siempre... Entre *Ella* y yo hay un muro, á través del cual nos decimos palabras vacías, y nuestros besos se apagan en la frialdad que nos separa... que nos separará siempre, siempre...

Elvira.

—Angustiada, como una cómplice á pesar suyo.—

—¿Y soy yo la causa, yo?... A mi llegada aquí eran ustedes felices, se amaban y caminaban, confiados, hacia el porvenir... Entonces soy yo ese muro, que debe romperse...

Jaime.—No, no... ¡Ah, usted me comprende bien! Ese muro es la ignorancia de ella, su indiferencia, su incomprensión por todo lo que yo siento, pienso y deseo... Ella no comprende nada, no siente nada, y mis palabras y mis sueños y mi arte no dicen nada á su espíritu... Hasta parece que odia todo cuanto yo amo... que odia mi arte porque lo cree su rival...

Elvira.—Eso prueba que ella le ama... podrá ser ignorante é injusta en sus celos, pero es buena...

Jaime.—¡Buena!... ¡Bondad de muñeca que se ve mimada!

Elvira.—Usted se casó enamorado... usted la conocía antes de hacerla su esposa... ¿por qué se casó entonces?...

Jaime.—Me casé... ¿por qué me casé?... La necesidad de alegrar mi triste casa paterna con la compañía de una mujer bella y buena... Ella parecía digna de ser elegida... Su misma ignorancia me parecía ingenuidad, y era para mí un nuevo encanto educar su espíritu, sembrar en su corazón, como en la tierra virgen de un jardín, mis propias ilusiones, hasta verlas florecer como un milagro mío, como mi obra de arte más querida...

Yo buscaba un rayo de alegría y de luz... buscaba á quien llegó después... ¡Oh! ¿por qué no llegó usted un poco antes?...

Elvira.

—Con amarga resignación ante la fatalidad.—

—¡Demasiado tarde! ¡Es triste llegar demasiado tarde!...

Jaime.—Usted lo dice... ústed solamente...

Elvira.—Lo dice todo en torno nuestro... Lo dice la sociedad con sus leyes y sus costumbres... Lo dice el tiempo con sus años... Entre usted y yo hay un largo camino de años, y yo voy delante hace mucho tiempo... Todo en la vida nos separa...

Jaime.—Los años no separan las almas... Nuestros corazones caminan juntos desde que se conocen, y nada podría ya separarlos en la vida, ni la muerte misma...

Elvira.

—Sonriendo, con leve ironía.—

—¡La muerte!... Para separar y olvidar basta la vida... La vida desata, rompe las existencias que parecían más unidas... ¡No es preciso esperar la gran *Segadora!...*

Jaime.—Nada podrá apartar ya en la vida mi pensamiento de usted, mi alma de su alma...

Elvira.—La vida nos separará... Ese nuevo sér que está ya en los umbrales de la existencia... ¿No ha pensado usted, Jaime, en ese mensajero que se anuncia,

que está para llegar, como un nuevo estímulo, como un nuevo lazo de amor que los unirá á ustedes... á ella y á usted, ya, para siempre?... ¿No ha pensado?...

Jaime.

—Cubriéndose de palidez, con la voz y el ademán alterados por la emoción intensa.—

—¡Nada, nada!... ¡Ah, si usted supiera con cuánto temor lo espero!... ¡Es un crimen, un crimen; pero quisiera, ahora... quisiera que no llegara nunca!...

—Tiembla, sacudido por un calofrío febril, con el semblante contraído por la angustia.—

—¡No diga usted eso!... Ahora es cuando temo todo... *Una palabra, una sola palabra que nos separará... una palabra de calumnia...*

Jaime.

—Como despertando.—

—*¿De quién, de quién?... ¿Quién puede calumniarla? Usted está por encima de toda calumnia...*

Elvira.—*La calumnia alcanza á todas las cumbres, á las más azules... á las más puras... Es un dardo envenenado que infecta la atmósfera por donde pasa, y hiere siempre... Y hay manos en la sombra dispuestas en todo momento á lanzarlo contra nosotros... Manos que mueve el odio, la envidia, el despecho... y, á veces, el mismo amor... Y yo presiento manos, movidas no sé por qué pasión, que tienden en la sombra sus dardos contra mí.*

Jaime.—*Y bien, que lancen sus armas ponzoñosas... Mi fé estará ante usted como un escudo.*

Elvira.—*No hay escudos para esa arma, y si usted se interpone, le herirán en el corazón.*

Jaime.—¿Por qué habla usted así?... *¿Conoce usted aquí alguien bastante infame para cometer esa vileza?... ¿Aquí, entre nosotros?...*

Elvira.—*No, es un presentimiento... sólo un presentimiento...*

Jaime.—*¿Pero por qué?... ¿en qué se funda?...*

Elvira.—No me pregunte usted... no podría decirle nada en concreto... En todas partes, donde quiera que nos detengamos un momento para descansar... ¡Oh, la experiencia nos enseña á temer, á desconfiar siempre *de ese enemigo que nos acecha constantemente y nos hiere cuando estamos más descuidados y parecemos más tranquilos...*

Jaime.

—Con acento preocupado.—

—Desconfiar...

Elvira.—Usted no puede conocer aún ciertas tristezas, porque anda usted con el corazón lleno de confianza. Yo también he caminado así, en mis primeros años, por ese gran desierto de la vida donde difícilmente se encuentra un manantial... Los oasis no son seguros al sueño, aunque brinden el agua y el descanso, porque en ellos se ocultan serpientes, como en el Paraíso...

Jaime.—Hay paraísos en donde la serpiente no existe...

—A un movimiento de ella, negativo.—

Aquí, aquí está usted segura... aquí puede usted descansar confiada... yo velaré su sueño...

Elvira.—No, no, Jaime... Hay aquí otra mujer á quien usted se debe antes que á nadie... otra cuyos derechos no puedo yo disputar ni usurpar, como una intrusa... *Si este lugar es un paraíso, no debo yo ser en él la serpiente...*

Jaime.

—Arrebatado, cogiéndola con vehemencia ambas manos.—

—*Usted es el alma que me buscaba y que yo anhelaba encontrar... Y ya hemos llegado el uno frente al otro... No hay distancias, no hay años, no hay abismos del tiempo para las almas que se buscan y que están sobre todas esas cosas terrenas... Se buscan, se encuentran y se aman... dejémoslas, pues, hablar... Han caminado á tientas, entre tinieblas, y, de pronto, se ha abierto ante ellas la puerta de un jardín, y se han mirado y se han reconocido... No tenemos el derecho de separarlas... no debemos impedir que se unan, que se unan para siempre, en una comunión santificada por las leyes del espíritu, por leyes divinas, únicas que no están sometidas á los errores humanos...*

—Ella está casi en los brazos de él, debatiéndose débilmente, con los ojos cerrados, abandonándose lánguidamente, como en un desmayo.—

No, no niegue usted... Usted siente como yo, íntimamente... Usted piensa lo mismo... ¡Ah, nuestro pensamiento!... Oigamos su voz... dejemos hablar alto nuestro pensamiento... No tenemos derecho para ahogar su voz... no podemos cometer ese crimen, enmudeciendo nuestra felicidad...

Elvira.

—Como despertando de un sueño, asustada, desasiéndose.—

—¡Soy culpable en oirle, culpable!... ¿Por qué le he escuchado?...

—Trata de huir, pero él la retiene aún, desbordante de pasión.—

Jaime.—¡La necesito á usted, la necesito como un ciego la mano que le guía y la voz que le habla de los bellos paisajes!... Soy como un ciego en un país desconocido, que no sabría buscar un sendero, un refugio, una fuente, y que caería en un abismo. Usted no puede dejarme, no puede abandonarme, porque es la única que puede conducirme en la vida... porque lo que yo deseo ver, sólo sus ojos pueden verlo... porque lo que yo deseo oir, sólo su voz puede decirlo... porque lo que yo deseo conocer, sólo usted puede comprenderlo y expresarlo... ¡No, usted no puede abandonarme!...

Elvira.—*¡Basta, basta!... ¡Es imposible!...*

Jaime.—*Desde hace tiempo... desde que está usted aquí, acaricio ese bello sueño, del cual no podré despertar sino en una realidad dichosa...*

—Con palabras veladas, dichas al oído, como un dulce canto lleno de promesas.—

Dejarlo todo por usted... para seguirla, para acompañarla por todos los lugares que usted recorrió en su carrera de triunfos... Usted me habló muchas veces de todos esos sitios, que surgieron en mi imaginación, á su relato, como países de encanto y de ventura... Recorrámoslos juntos... que yo los conozca, que los viva y los ame en su compañía... Todos esos lugares dormidos en un sueño de siglos, que serán nuestros santuarios de amor, porque todo en ellos nos hablará de un pasado embellecido por la leyenda de una vida, de un mundo cuya nostalgia sentimos... ¿Sonríe usted, verdad?... sonríe usted, como si oyese contar á un niño un cuento de gigantes...

Elvira.—¡Ah, locura!... Habla usted de una bella quimera... ¿Y después?... ¿y después?...

Jaime.—Diga usted *entonces*... Entonces seríamos verdaderamente felices, porque sabríamos que sembrábamos para el porvenir, para cuando el recuerdo diera sus más bellos frutos...

Elvira.—¡Quimera!... Todo eso es un sueño...

Jaime.—Un sueño, sí... ¡Toda nuestra vida como un sueño!...

—Ambos, en silencio, el uno junto al otro, se miran un instante, anhelantes, como defendiéndose contra un mismo deseo que los impulsase á unirse en un abrazo culpable. En torno de ellos, las primeras sombras nocturnas

tienden velos de misterio sobre todas las cosas, mudas y cómplices, que les rodean. Oyense en este instante nuevos acordes del piano, una melodía de infinita tristeza, en la que gime el alma moribunda de Chopin.—

Elvira.

—Estremeciéndose.—

—¡Ah, el *Nocturno póstumo!*... Es la música que habla por nosotros en este instante... ¡otro presagio!...

Jaime.

—Lívido, convulso, con la voz extraordinariamente alterada por un temor súbito y una emoción suprema, dirigiéndose, vacilante, hacia el lado del jardín por donde parecen llegar los ecos dolientes.—

—¡Isabel, Isabel!... ¡Eso no... eso no!... ¡Oh, es funesto... es funesto!...

—Se deja caer sobre un banco, con abatimiento, oprimiéndose las sienes entre las manos trémulas. Ella le mira con extrañeza y compasión.—

ESCENA V

ELVIRA, JAIME É ISABEL

Isabel.

—Acudiendo con apresuramiento.—

—¿Me llamaban?... ¿Qué le pasa á usted, Jaime?...

Elvira.

—Aproximándose á él solícita.—

—¡Jaime, Jaime!...

Jaime.

—Alzando la frente, con acento conmovido.—

—¡Perdónenme!... Fué un momento de angustia, de dolor indecible... He visto á mi madre en la hora fatal de la desgracia... la hora que procuro hundir en el olvido, porque su recuerdo abre una antigua herida, y sufro, sufro horriblemente...

—A Isabel.—

No toque usted, nunca que pueda yo oirla, ese ***Nocturno***... se lo ruego... Es la voz de mi madre que me parece habla en esas notas, con acentos de náufrago, acentos desesperados y misteriosos... Tengo presente su recuerdo en la tarde de la desgracia... Yo la vi llorar, sentada al piano, mientras el piano gemía angustiosamente bajo sus dedos... Yo la vi llorar en silencio,

con una profunda expresión de tristeza, y no tuve valor para interrogarla, y me alejé quedamente, reprimiendo mis propias lágrimas para respetar su dolor... ¿Por qué lloraba, por qué sufría de aquel modo mi madre?... ¿Por qué una hora más tarde me dió un beso largo y febril... ¡el último! y fué á ahogar su dolor en ese mar?... ¿Por qué, por qué?...

Elvira.

—Con voz temblorosa, como una súplica.—

—¡Oh, no hable usted de eso, Jaime!... ¡No recuerde usted eso!...

Jaime.

—Dominado aún por la obsesión.—

—Nunca pude romper ese mistério... Pero el piano, cuando gime en esas notas, me recuerda vivamente aquella tarde y me parece que cuenta una historia en un lenguaje que yo no puedo comprender, que no comprenderé jamás... la historia que no sabré jamás, á pesar de mis intentos para descifrarla... En vano intenté mil veces arrancar á esas notas su secreto... y si no han de decírmelo nunca, que se callen, que se callen para siempre.

—Hay una pausa breve y penosa.—

Isabel.

—Condolida.—

—¡Si yo hubiera sabido!... ¡Perdóneme usted, Jaime! ¡Qué dolor!...

Elvira.

—Aproximándose á él y cogiéndole una mano con dulzura.—

—Está usted malo... tiembla usted, tiembla usted de fiebre...

Jaime.

—Pasándose una mano por la frente para ahuyentar la visión.—

—No es nada, no es nada... perdónenme.

Elvira.—No debe usted permanecer en este sitio, con esta humedad...

—Tocándole la frente.—

Vámonos...

Jaime.

—Levantándose, procura sonreir.—

—No es nada... Vamos al estudio... ¡Ah, usted, que es tan buena, Isabel! ¿no se ha ofendido por esta debilidad mía, verdad?...

Isabel.—¡Calle usted!... ¡Si yo hubiera sabido!...

Jaime.—Todo, todo menos ese *Nocturno*... Vámonos, vámonos al estudio... Verán ustedes, de paso, mi obra reciente... es una sorpresa...

Isabel.

—Volviendo vivamente la cabeza al oir el crujido de la arena bajo la presión de unos pasos rápidos.—

—Aquí viene don Carlos.

ESCENA VI

ELVIRA, JAIME, ISABEL Y DON CARLOS

Don Carlos.

—Saludando, á su paso, á Isabel con una leve inclinación de cabeza, y dirigiéndose particularmente á Jaime, con palabra precipitada.—

—Tu mujer te llama... se siente peor... hice que se acostara... Creo necesario llamar al médico inmediatamente...

Jaime.

—Con agitación, á Elvira y á Isabel.—

—¿Vienen ustedes?... Acompáñenme...

—A don Carlos, que se interna en el jardín.—

Sí, sí, tío Carlos, que avisen al médico en seguida...

Elvira.

—Que habló, brevemente, aparte con Isabel.—

—Isabel va ahora con usted, Jaime... Yo iré al instante.

—Se miran un momento fijamente, intensamente, con una expresión que es como un

pacto tácito.—La voz de don Carlos se oye, algo distante, llamando á Lorenzo, el criado, á quien parece dar sus órdenes. Isabel y Jaime parten por la izquierda del jardín. Elvira queda en pie, ante la mesa de piedra, viéndoles alejarse. Luego empieza á hojear el libro, que está ante ella abierto, lentamente, hasta llegar á una página que lee, para sí, con visible emoción. A su espalda, entre los macizos de mirtos, reaparece don Carlos, silencioso, mirándola severamente, con una mirada llena de rencor.—

ESCENA VII

ELVIRA Y DON CARLOS

—Después de leer un momento, Elvira cierra el libro, que deja sobre la mesa, entre las flores esparcidas, y va con lentitud hacia la balaustrada del fondo, en la que se apoya con abandono, quedando así, por un instante, como sumida en sus pensamientos. Don Carlos, en tanto, revela sostener una lucha muda entre su aversión invencible por ella y su deseo de interrogarla. Al fin se decide á aproximarse y avanza unos pasos, deteniéndose á poca distancia de Elvira, que parece ajena completamente á cuanto la rodea.—

Don Carlos.

—Secamente, con sensible repugnancia en sus palabras, como quien se ve obligado á cumplir una misión que le mortifica.—

—Tengo que hablar á usted, señora...

Elvira.

—Estremeciéndose al oir la voz glacial, se vuelve sorprendida.—

—¡Ah!...

Don Carlos.—Necesito hablar á usted y le ruego me escuche unos instantes.

Elvira.

—Con frialdad, sin apartarse del barandal, en el que se apoya todavía.—

—Hable usted.

Don Carlos.—¿Piensa usted permanecer aquí aún más tiempo?

Elvira.—¿Por qué esa pregunta?

Don Carlos.

—Dominando apenas la alteración de su voz.—

—Es un ruego que hago á usted... Deje usted esta casa donde hay gentes que tienen derecho á ser felices, que deben vivir siempre unidas, en una paz venturosa... Usted no puede ser un obstáculo á esa paz y á esa dicha... Usted no debe sembrar la discordia

entre seres que se aman y no le han hecho ningún mal... Es un ruego... aléjese usted, aléjese usted para siempre...

Elvira.—Hace seis meses que estoy aquí; han pasado la primavera y el verano tranquilamente, y nadie en esta casa se quejó de mi presencia... al contrario, todos parecían desearla y buscarla... todos, menos usted... usted, que estuvo ausente ese tiempo y que parece volver ahora, como un adversario, para repetirme lo que en la misma tarde de mi llegada me dijo, injustamente... ¿Es, pues, á usted á quien yo estorbo?... ¿á quien mi presencia molesta?... ¿quien verdaderamente desea que me vaya?...

Don Carlos.—Me alejé de aquí hace seis meses, con el pretexto de ocupaciones urgentes, porque, obstinándose usted en quedarse, no podía yo permanecer en este sitio. Me alejé por eso y porque abrigaba también la esperanza de que usted recapacitaría al fin y se iría prudentemente... Pero ahora que vuelvo, llamado por los míos con urgencia, y la veo á usted aquí todavía, y me entero de su conducta... incalificable... ahora no abandonaré el campo... No soy yo solamente quien desea su ausencia inmediata, único medio posible de recuperar una tranquilidad y una felicidad que están amenazadas por su presencia...

Elvira.

—Con sonrisa despectiva.—

—¿Y quién más, quién más desea que me vaya?...

Don Carlos.—¿Quién?... ¿Necesito decirlo?... Una mujer que no hizo á usted ningún daño y que teme ser una nueva víctima... ¿Por qué?... ¡Ah!... ¿usted hace esa pregunta?... ¡usted, cuya conciencia debía conmover una voz secreta!... ¡usted, Elvira Leyva!...

—Hay una pausa breve, en la que sus miradas se cruzan fulgurantes.—

Mire usted hacia ese mar... hacia ese mar, profundamente, y si aún queda vivo en su alma algún humano sentimiento... ¿no le dice nada en esta hora solemne, semejante á aquella otra remota y trágica..., no le dice nada el silencio de ese mar, en el que parece despertar, como un eco, como una acusación, el grito náufrago de su primera víctima?... ¿No le basta ese crimen, cuyo castigo he querido dejar á la vida misma, y quiere usted hacer con la esposa del hijo lo que hizo usted con la mujer del padre?... ¿Por qué, por qué?... ¿Qué clase de mujer... qué clase de monstruo es usted?...

—A medida que él habla, ella se yergue, como herida por un látigo que la flagelase. Pasan sombras por su faz intensamente pálida. Sombras de indignación, de ira, de orgullo y, por fin, de compasión. Y cuando él guarda silencio, ella respeta todavía su silencio por algunos instantes, erguida siempre y agitada, como una espada vibrante, con la cabeza hacia tras y la mirada velada por las

lágrimas. Habla luego con voz estremecida por mil sentimientos diversos.—

Elvira.—¿A qué luchar?... ¿á qué defenderse?... ¿para qué justificarse?... Le perdono á usted... le perdono sus ofensas, su injusticia, su crueldad, porque le considero víctima de su propio engaño... enloquecido por su dolor de hermano y á quien una fatal apariencia ha ofuscado hasta el punto de hacerle ver, de hacerle creer lo que nunca ha existido... Usted como ella... usted como su pobre hermana, extraviados, merecerán siempre mi compasión...

Don Carlos.

—Lívido y ronco de indignación, exasperado, con las manos crispadas y amenazadoras.—

—¡Ah, váyase, váyase cuanto antes, ó no respondo!... ¡no respondo!...

Elvira.—Que el dueño de esta casa... el verdadero dueño, me mande dejarla, y partiré.

Don Carlos.—¡Ah! ¿Cree usted que él?... ¡No! ¡Pronto sabrá quién es usted!... ¿Cree usted que voy á seguir callando?... Usted me obliga... no quiere usted evitar que yo hable, y sabrá él la verdad... toda la verdad...

Elvira.—¿Qué verdad?...

Don Carlos.—Sabrá que fué usted la amante de su padre, por cuya causa su madre se mató... Todo eso he de decirle, todo, y le diré además que viene

usted ahora, en el mismo escenario, en su mismo hogar, á repetir con él la misma tragedia...

Elvira.—Le dirá usted una falsedad, la más cobarde de las mentiras, la más infame de las acusaciones, contra la que mi propia inocencia me impide defenderme... ¡Oh, está usted loco, loco, y sólo por eso le perdono aún!...

Don Carlos.—Esa mujer que hoy sufre por su causa va á ser madre... ¿no le conmueve á usted eso?... De un momento á otro está para llegar á la vida un nuevo sér inocente, el hijo de ese hombre cuyo hogar quiere usted destruir... ¿Qué espera usted?... ¿que ella muera y no nazca el hijo?... ¿Espera usted que él pueda quedar todavía libre?... ¿Es esto, no es cierto?... ¿No es cierto que leo en su pensamiento, á pesar de la negrura que le envuelve?...

Elvira.

—Con grito de angustia é indignación supremas, retorciéndose las manos.—

—¡Basta, basta!... ¡Basta!... ¡Apártese, apártese usted de mí ó me contagiará su locura!...

—Toda ella está sacudida por un temblor violento. Sus dientes, apretados, castañetean como el tiritar de la fiebre, y en su mirada brilla por un instante un relámpago de demencia.—

¡Quiero conservar todavía la razón... un resto de razón que me impida escupirle á usted al rostro!...

—Los dos, frente á frente, separados por unos pasos, tienden sus manos crispadas, semejantes á dos arrebatados á quienes una fuerza superior á su ira impide todavía aproximarse.

Se oye en este instante la voz alarmada de Ana, que se acerca apresuradamente. Ambos, al oirla, deponen á un tiempo su actitud y quedan frente á frente aún, como abatidos.—

ESCENA VIII

LOS MISMOS Y ANA

Ana.

—Con voz jadeante por la fatiga y la emoción.—

—¡Señor, señor!... Venga pronto... La señorita está muy mala... se ha puesto muy mala... ¡Pronto, pronto, señor!...

Don Carlos.

—Siguiendo á Ana precipitadamente.—

—¿Y el médico?... ¿Han avisado al médico?...

—Se alejan por la izquierda, y sus voces se confunden hasta perderse en la distancia.

Elvira los ve huir como fantasmas de una

pesadilla. Busca á su alrededor, con la mirada extraviada, un apoyo donde sostenerse, y á pasos vacilantes, arrastrándose casi, penosamente, llega hasta la mesa, y dejándose caer, como un herido, sobre el banco próximo, rompe en llanto convulso, hundiendo la faz en el montón de rosas.

Aquí termina el acto segundo.

ACTO III

ACTO TERCERO

—La misma estancia del acto primero. Es de noche. Una noche tranquila y pura, en la que el fulgor de las estrellas se debilita casi hasta extinguirse en la claridad lunar. El mar parece dormido, y hasta las hojas de los árboles están inmóviles en la serenidad imperturbable del aire.

Junto á la galería está Elvira, sentada en una butaca, absorta en la contemplación del paisaje. Cae sobre ella la luz blanca de la noche, que entra á través de los cristales sin cortinas. Y toda la estancia, en la que no hay una sola lámpara encendida, está llena de una claridad tenue que hace innecesaria toda otra luz.—

ESCENA PRIMERA

ELVIRA Y JULIA

Julia.

—Aparece por la puerta de la derecha, dejando penetrar, al levantar el cortinón, la luz artificial de la estancia contigua. Antes de avanzar mira á Elvira atentamente, y, creyéndola dormida, hace ademán de retirarse.—

Elvira.—¿Isabel?...

Julia.

—Avanzando unos pasos, quedamente.—

—Soy yo, señorita... Creí que dormía la señorita... Doña Isabel no vino aún... ¿Quiere la señorita que dé luz?...

Elvira.—No, basta con esta claridad.

Julia.—¡Qué noche más hermosa!... Está el jardín como en verano... ¿No vió la señorita los rosales?

Elvira.—Son las últimas rosas... pronto el viento las deshojará...

Julia.—Mañana, si la señorita quiere, pondré también crisantemos en los floreros... ya hay muchos...

Elvira.

—Como distraída.—

—¿Mañana?...

Julia.—¿No le gustan á la señorita?...

Elvira.—¿Los crisantemos?... Sí, sí, póngalos... Todas las flores me gustan...

Julia.—Estos del jardín son preciosos... los hay blancos y amarillos... ¡y tantos!... está el jardín lleno...

Elvira.

—Como si hablase á sí misma.—

—Este es su tiempo... Pero son flores tristes... flores de cementerio, como los pensamientos y las siemprevivas... parece que nacen cuando las hojas van á caer... Hay flores predestinadas, igual que algunas personas..., predestinadas á vivir sobre las cosas muertas...

Julia.—Si no quiere la señorita no las pondré.

Elvira.—Sí, sí, póngalas usted mañana, en toda la casa...

Julia.—Mañana debe estar todo muy alegre, como día de bautizo.

Elvira.

—Distraídamente.—

—¿Es mañana el bautizo?...

Julia.

—Con extrañeza.—

—¿No sabía la señorita?...

Elvira.—¡Sí, es verdad!...

Julia.—¡Qué niño más hermoso!... Es toda la cara

de la madre... sobre todo la boca... Los ojos son del padre... ¿verdad, señorita?...

Elvira.

—Distraída siempre.—

—¿Sí?...

Julia.—¿No lo ha notado la señorita?...

Elvira.—Es cierto, es cierto...

Julia.—¡Es un encanto de criatura!...

Elvira.

—Maquinalmente, como un eco.—

—¡Un encanto!...

Julia.—Yo creí que la señorita sería la madrina.

Elvira.—No, no soy la madrina...

Julia.—Don Carlos es el padrino...

Elvira.—Es natural...

Julia.—Y la madre... ¡pobre señora!... Todos creían que se moría... Ayer mismo parecía una muerta, y hoy ya es otra... hasta buen color... ¡Qué desgracia si hubiera muerto, tan joven, y el primer hijo!...

Elvira.—Sí... ¡qué desgracia!...

Julia.—Pero ya está fuera de peligro... El médico dijo que podrá levantarse dentro de pocos días...

Elvira.—Está fuera de peligro...

Julia.—Quien está que no cabe en sí, de gozo, es la señora Ana... ¡Como fué la nodriza del señorito!... Lo quiere como á un hijo... y el señorito también la quiere mucho...

Elvira.—Es natural...

—Hay una pausa. Se oyen pasos sobre la arena del jardín.—

Alguien viene.

Julia.—Será doña Isabel...

—Mirando por la galería.—

Sí, es doña Isabel... la acompaña Lorenzo... voy á abrir...

—Sale de prisa, por la derecha.

Elvira, al quedar sola, hace un gesto como si se librase de un gran peso. Se levanta y da algunos pasos, lentamente, por la estancia, examinándolo todo con atención. Ante un jarro lleno de flores que hay sobre la chimenea, se detiene y coge de él una gran rosa, de la que arranca algunos pétalos marchitos. Su mirada se fija instintivamente en el espejo, donde ve reflejada su imagen algo confusa. Mira profundamente, por unos instantes, su propia imagen como á una extraña, y su rostro expresa una gran tristeza, un dolor mudo y contenido ante algo amado y muerto, algo destruído é irreparable, y queda así, como abatida y doliente ante su propia ruina, sintiendo de sí misma una honda conmiseración.—

ESCENA II

ELVIRA É ISABEL

Elvira.

—Viendo, por el espejo, alzarse el cortinaje de la puerta que está á su espalda, por la que entra Isabel, se vuelve hacia ella y da unos pasos á su encuentro.—

—Has tardado...
Isabel.—¡Oh, hay tiempo!... Falta una hora...
Elvira.

—Intranquila.—

—¡Una hora!... Prefiero esperar allí, en la misma estación... ¡Me ahogo aquí, me ahogo!...
Isabel.—¿Le hablaste?
Elvira.—Vino esta tarde á verme, pero no quise recibirle... ¡No puedo, no puedo!...
Isabel.—Haces mal; tú no puedes irte como quien huye... como si fueras culpable...
Elvira.—Que me crean culpable... que lo crea él mismo... quizás sea mejor así para su vida futura...
Isabel.—No, Elvira... no debes irte dejando un recuerdo amargo, una idea falsa y cruel de ti... Ese hombre, que ha puesto en ti su entusiasmo y su fé, su amor más puro, debe saber la verdad... debes justifi-

carte ante él, para que ame y respete siempre tu recuerdo, para que te ame y respete como la amiga digna de su padre, como la mujer más noble y abnegada, de quien la vida y la fatalidad lo separa.

Elvira.—¿Y para qué, para qué todo eso?... Él sería entonces más desgraciado y yo no sería más feliz...

Isabel.—Pero dirás la verdad... la verdad, que debe ir siempre delante de nosotros como una luz.

Elvira.

—Con desesperación contenida.—

—Ya no hay luz en mi camino... Ya no veo sino sombras en torno mío... sombras que me acompañarán hasta el fin.

Isabel.—Debes dejar un buen recuerdo de ti... Que se acuerden de ti como de una mujer buena y generosa, atormentada por el destino... como de lo que eres, como de una víctima...

Elvira.

—A una idea de rebelión.—

—¿Y por qué he de ser una víctima?... ¿Por qué he de doblegarme al destino?... ¿Por qué he de sacrificar mi felicidad?... ¡Tengo derecho á vivir... á gozar la felicidad cuando ella está á mi alcance... aunque sea usurpándola!... ¿De qué me vale renunciar?... ¡Ah, no, no... bastante me he sacrificado!... ¿Y para qué?... Para verme ahora acusada por quienes debían respetarme...

Isabel.—Calla, calla... desvarías...

Elvira.—*¡Déjame!... Pídeles á ellos que se sacrifiquen por mí... ¿Por qué han de merecerte más consideración, más compasión que yo, ellos, que son para ti unos extraños?...*

Isabel.—*Al aconsejarte no pienso en ellos, sino en ti misma.*

Elvira.—*Pues, por mí misma... como una recompensa á toda una vida de sacrificio... un año de felicidad... ¡todavía puedo ser feliz un año!... Después... ¿qué importa?...*

Isabel.—*¡Triste felicidad la que se basa en la desgracia de otros!...*

Elvira.—*¡Ah, Isabel!... ¿Y yo no sufro?... ¿Quién se compadece de mí?... Ella puede todavía esperar... ¿y yo?... Siento que la vida huye de mí... ¡y en qué momento!... cuando el amor despierta cerca... ¿No comprendes mi afán por detenerla un instante?...*

Isabel.—*¿Qué piensas hacer?... ¿qué deseas?...*

Elvira.—*¡Ah, tienes razón... desvarío!... ¡Tengo miedo, tengo miedo!... Si supieras que necesito de todas mis energías para conseguir en estos instantes el olvido de mí misma, el olvido de mi vida con todos sus recuerdos y todos sus deseos... para conseguir aletargar mi espíritu momentáneamente y ser en esta hora decisiva, en esta hora suprema, como quien obra á impulsos de una fuerza ajena á su voluntad, como una sonámbula, como un autómata... porque si pensase como yo quisiera, si hablase como quisiera... si le escuchase á él, su voz me despertaría, y en-

tonces no tendría valor para huir... ¡no partiría! ¡no partiría!...*

*—Se sienta nerviosamente, excitada por una gran ansiedad.— *

Isabel.

—Cogiéndole las manos é inclinándose hacia su rostro, dulcemente.—

—*¡Cálmate, cálmate, Elvira!...*

Elvira.—¿Qué fuerzas secretas me han impulsado á volver á este lugar de recuerdos, que no debían ser nunca profanados?... ¿Qué fuerzas me retienen aún aquí, aferrada á estos mismos recuerdos, que se renuevan como una existencia semejante á aquella en la que yo fuí la única de las tres víctimas que sobrevivió á su dolor para seguir sufriendo?... ¿Hasta cuándo, hasta cuándo?...

Isabel.—*No hay que desesperar... Fuera de aquí, en otros lugares donde la vida te reclama, puedes ser feliz... Marchémonos cuanto antes, pero sin huir... Yo te seguiré, te acompañaré siempre...*

Elvira.—*No debe volverse nunca á los lugares que son como cementerios de nuestro pasado, porque sólo hallaremos fantasmas... los muertos redivivos, que salen de sus sepulcros con sus mismas pasiones y sus luchas... ¡Ah, esta misma noche me alejaré de aquí!...*

Isabel.—Ten fé... La vida está llena de sorpresas... ¿quién sabe lo que nos espera mañana?...

Elvira.—¿Qué puede ya esperarme?... Hace tiempo que mi vida está detenida... mi vida, que parece querer, ahora, huir... Todo lo que buscaba en ella de más puro, de más bello, como una necesidad suprema, está aquí, sólo aquí, pero fuera de mi alcance... tan imposible como todo aquello que pertenece ya á la muerte... y mi juventud, como mis ilusiones, con mi obligado alejamiento, aquí se quedan para siempre.

Isabel.—¿Y tu arte?...

Elvira. — Mi arte... El arte requiere vida, ilusión...

Isabel.—Tú misma dijiste siempre que en la vida se muere muchas veces para volver á nacer... No morimos una sola vez en la vida...

Elvira.—Pero llega una vez en que morimos para siempre, y ésta es cuando ya no queda una ilusión ni una esperanza... Si pudiéramos volver á mirarnos en los espejos pasados, donde dejamos ocultas nuestras imágenes, difícilmente nos reconoceríamos... á lo sumo, creeríamos ver á antiguos conocidos... Así yo he visto en el rostro del hijo la imagen fiel del hombre que amé como el único amigo de mi vida... Quizás si él mismo resucitase ahora, con el rostro que debiera tener en estos años, sería para mí como un extraño que me hablase con una voz amiga, y yo, para él, lo mismo... ¿Y qué importaría que reconociese mi voz?... Sería como una antigua amiga que le hablase á través de una máscara vieja...

Isabel.—¡Calma, calma, Elvira!... No hay que desesperar...

—Pausa breve. Luego, procurando distraerla de sus pensamientos angustiosos.—

¡Qué noche más bella!...

—Va á la galería y permanece un instante, próxima á una ventana abierta, contemplando el jardín.—

Nunca he visto tan hermoso el jardín... está lleno de hortensias y crisantemos... parece que ha nevado...

—Otra pausa. Viendo llegar á Jaime por un sendero, vuelve hacia Elvira apresuradamente.

¡Aquí viene, aquí viene!...

Elvira.—¿Quién?...

Isabel.—Él...

Elvira.

—Levantándose con agitación.—

—¡Que no estoy, que no entre!...

Isabel.—¡No, Elvira, no!...

Elvira.—¿A qué viene?... ¿para acusarme también?... Y si no es así, si viene á hablarme con su voz todavía amiga, peor aún... *¡Oh, no tendré el valor que necesito para salir de aquí!... Hay algo que está por encima de nuestra voluntad, de nuestro deber, de nuestra razón... algo que nuestra pobre carne no puede aprisionar...* No, no debo oirle, no debo hablarle, á no ser para decirle que fuí la amante de su padre... la causa de la muerte de su madre... la única culpable...

Isabel.—¡Pero eso no es verdad!... ¡eso no es verdad!...

Elvira.—*¿Para qué verle entonces?... ¿para qué recibirle?...*

Isabel.—*¡Pero no podemos cerrarle la puerta!...*

Elvira.—*¿No comprendes que no debo?...*

Isabel.

—Con súplica.—

—*¡Elvira!...*

Elvira.

—Desbordante.—

—Entonces... ¿quieres que le diga que no soy culpable, que soy juzgada injustamente, odiada, calumniada?... ¿es eso lo que quieres?...

Isabel.—¡Sí, sí!...

Elvira.

—Prosiguiendo, con vehemencia.—

—Que fuí la más pura amiga de su padre... que entre su padre y yo sólo hubo una amistad sin mancha... y que su madre, ofuscada, alejada de nosotros, creyó ver una culpa donde sólo había un ideal... creyó ver un crimen en el más santo y noble de los sacrificios... y que fué ella la víctima de su propio error y de su propio orgullo?... ¿Quieres que le diga todo esto?... ¿la verdad, toda la verdad?...

Isabel.—¡Sí, sí!...

Elvira.—Todo eso le diré... todo; pero tampoco podré callarle que es á él á quien amo y con quien quisiera huir... huir lejos de todos... de todo, para ser

felices... felices, aún á costa de la desgracia de otros...

—Habla con voz sofocada, bella y vibrante en su exaltación, con un extraño fuego en los ojos y las palabras.—

Isabel.

—Oyendo pasos dentro.—

—¡Calla, calla!...

ESCENA III

ELVIRA, ISABEL Y JULIA

Julia.

—Desde la puerta de la derecha.—

—¡Señora!... El señorito Jaime...

—Isabel dirige á Elvira una mirada suplicante, murmurando algunas frases imperceptibles.—

Elvira.

—Después de un momento de lucha interior, dirigiéndose á la doncella con acento que se esfuerza en hacer natural y tranquilo.—

—Que pase.

—Vase Julia.—

Isabel.—¿Te dejo sola?

—Elvira hace un signo afirmativo mientras enciende la lámpara eléctrica, velada por una pantalla verde, que está sobre la antigua mesa de trabajo.—

Elvira.

—A Isabel, que se dispone á salir por la segunda puerta á la izquierda.—

—Disponlo todo en seguida... por nada del mundo pasaré aquí esta noche... pero no respondo, no respondo de detenerle si él quisiera seguirme...

Isabel.

—Volviendo hacia Elvira apresuradamente, emocionada.—

—¡Oh, no, no, Elvira!... ¡Eso no, eso no!... Tú eres buena...

—Trata de abrazarla, pero ella la rechaza con suavidad.

Entra Jaime en la estancia silenciosamente. Al verle Isabel, le mira un momento, y haciéndole un leve saludo con la cabeza, se aleja, á pasos silenciosos, por la izquierda.—

ESCENA ÚLTIMA

ELVIRA Y JAIME

—Ambos, frente á frente, se miran un instante en silencio, como tratando de leer en sus corazones.—

Elvira.

—Con voz débil, como un suspiro.—

—¿Me busca usted?...

Jaime.

—Con la voz algo ronca por la emoción.—

—Hace días que la busco, Elvira, y usted me huye... ¿por qué?

Elvira.—Porque otros reclaman su presencia... otros, con más derecho que yo, reclaman su compañía, de la que usted no debe privarles... ni yo puedo disputársela... yo, que soy aquí una intrusa...

Jaime.—Yo no sé lo que es usted... para mí, un enigma... Yo no sé qué fué usted ciertamente en su pasado... Sólo sé que mi padre hablaba de usted como se habla de una hermana muy buena... Pero alguien que me merece, por lo menos, un gran respeto, ha creído necesario decirme algo horrible... algo inconcebible, de usted... algo que yo no puedo

creer si no lo oigo de usted misma... no, no puedo creerlo...

—Una pausa.—

¿Calla usted, Elvira?... ¿No me comprende?...

—Tiemblan sus palabras ante el temor de una revelación terrible.—

¿Es necesario que yo mismo haga una pregunta que ha de quemarme los labios?... ¡Ah, yo no podré decir ciertas palabras!... ¡Si usted fuera inocente!... ¡qué cobardes, qué miserables nosotros!... ¡Pero qué felicidad... qué felicidad, á pesar de todo!... ¡Yo, que había puesto á sus pies toda mi devoción, todo mi amor, como un fuego sagrado, porque la creía llena de todas las bellezas humanas!... ¡Oh, dígame, dígame que somos unos miserables, que soy un miserable!... Dígame que soy un desgraciado á quien la calumnia hirió ya en el corazón... ¡que todo es una calumnia!...

—Otra pausa.—

¡Ah! ¿calla usted?... ¿calla usted?... ¿Cómo debo interpretar su silencio?...

—Con voz más queda y trémula.—

Dicen que aquí mismo, no hace muchos años... cuando usted venía á visitar á mi padre... dicen que alguien estaba desterrado de esas entrevistas... alguien que tenía derecho á compartir esas horas de amistad...

unas horas que debían ser claras, puras... sin que pudieran mancharlas la duda, la sospecha... ¡la sospecha!...

—Habla lentamente, inclinado hacia ella, como escrutando en su alma. Sus palabras parecen navegar, cautelosamente, entre escollos.

Ella, en tanto, calla obstinadamente, como ajena á la voz que le habla, y absorta en la contemplación de su imagen, reflejada en el espejo.—

Me han hablado de mi madre, rechazada por ustedes, en acecho de algo que le revelase la verdad... Me han dicho que mi madre vió, al fin, la verdad... se convenció de su desgracia... convencida... ¿comprende usted?... ¡convencida!... y fué á ahogar su dolor en ese mar...

—La emoción le oprime y apaga su voz.—

Mi madre, que vió destruído su hogar... destrozada su vida, todo, por otra mujer... por la mujer á quien yo hubiera sacrificado mi propia vida... por la que yo hubiera dejado mi hogar... ¡todo, todo!... ¡todo!... porque la creía la más pura, la más noble de todas... la única en cuyas manos estaba mi ideal... toda la belleza de la vida... la única digna de todos los sacrificios...

—Calla un momento, esperando que ella hable; pero Elvira continúa rígida, silenciosa,

absorta. Entonces él, retorciéndose las manos, loco de impaciencia y de dolor, grita:—

¡Hable usted, dígame algo!... ¡la verdad, la verdad... sea cual sea!...

Elvira.

—Parece despertar al acento vibrante de las últimas frases, y, apartando su mirada del espejo, en el que ha visto desvanecerse su última ilusión, la fija en Jaime serenamente y con tristeza.—

—¿Y es usted quien habla así?... ¡Usted!. ¿Cómo he de responderle?... ¿Qué importa ya que sea inocente ó culpable?... ¿Para qué justificarme, si lo que no hubiera hecho yo en el hogar de sus padres, usted mismo pretendería que lo hiciese en su propio hogar?... ¿Con qué derecho puede usted pedir cuentas de la conducta de un muerto?... ¿Con qué derecho podría usted reprochar á su padre que me hubiese amado?

—Pausa breve. Jaime la escucha con la frente abatida.—

Si él me hubiese amado hasta abandonar su hogar para seguirme... dejándolo todo por seguirme... todo: su mujer, su hijo, todo, para acompañarme en mi peregrinación... para compartir sus triunfos con mis triunfos... su gloria con mi gloria... y visitar juntos las tierras lejanas, los santuarios de nuestro ideal... Si todo esto hubiera hecho él por mí, por mi amor... ¿podría usted acusarle, juzgarle?... Usted, que aún

ayer me proponía lo mismo... ¿podría usted pedirme cuentas?...

Jaime.

—Con remordimiento.—

—¡Cómo pesan sus palabras!... ¡cómo pesan!...

Elvira.

—Con una tristeza suave, pero no exenta de cierta acritud.—

—¡Se arrepiente usted de haberme amado... de haber pensado por un instante abandonar á los suyos por mí!... Hace usted bien... ¡Ah, ya podré partir más tranquila!...

Jaime.—No, no... Mis remordimientos no son de haberla amado á usted... de amarla aún más que nunca... de amarla siempre, siempre... á pesar de todo y de todos... ¡Pero usted no fué la amante de mi padre!... ¡Usted no fué, no fué!... Dígame usted que no y me salvará...

Elvira.

—Con abnegación.—

—Yo salvaré á usted con mi silencio y con mi alejamiento... Que mi recuerdo sea como un sueño en su vida que empieza... Piense usted, en adelante, en mí como una buena amiga que ha velado una noche de fiebre á la cabecera de su lecho... Todo ha sido una fiebre... un delirio que pasa...

Jaime.—¿Cree usted que podría ya vivir sin usted? ¡No! La seguiré donde quiera que vaya...

Elvira.

—Como si se preguntase á sí misma.—

¿Me seguirá?...

Jaime.—¡Siempre, siempre, toda la vida... porque es usted mi vida, mi amor... todo!...

Elvira.

—Con triste convencimiento, sonriendo levemente.—

—No, usted no me seguirá...

Jaime.—A pesar de todo y de todos... ¡Nadie ni nada podrá hacer que yo la abandone!...

Elvira.—¡Nada!...

—Después de un silencio breve, con un acento apenas perceptible.—

¿Ni ese hijo que acaba de nacer?... ¿Olvida usted á su hijo?...

Jaime.—¡La amo á usted... la amo sobre todo!...

Elvira.—¡Ah, locura imposible!... El deber se impone á pesar de todo... Todo nos separa... Yo me alejaré de usted para siempre... es nuestro deber separarnos ahora para siempre... ¡Es nuestro deber!...

Jaime.—No es la voz del deber la que debemos oir... ¡Es el amor quien habla en este instante!...

Elvira.

—Desesperadamente, como luchando con su propio deseo.—

—¡No, Jaime, no!... ¡No quiero enloquecer!... El amor pasa ahora ante mí, en su barca, hacia el abismo...

—Habla como en sueños, con la mirada errante sobre el mar dilatado y dormido; sus palabras son de una angustia infinita.—

¡Debo dejar que naufrague mi alma en el silencio!... Esa estela que deja la barca al pasar es como el fantasma de la víctima que ha de separarnos siempre... el cadáver de una mujer...

Jaime.

—Siguiendo anhelante la mirada de Elvira, que parece ahora fija sobre el puente, en el lugar del siniestro.—

—¡Es mi madre!...

Elvira.—Fué su madre ayer, como sería ahora su esposa... siempre habrá entre nosotros la imagen de otra mujer...

Jaime.

—Como quien pierde ya toda esperanza.—

—¡Mi vida está rota... está deshecha!... ¡En adelante, mi vida será negra y vacía sin usted!...

Elvira.—¡Ah, no no!... Usted es de los que van

todavía con el pensamiento en los que han de llegar... Yo no... Yo voy pensando en los que se fueron...

Jaime.—¿Qué puede importarme lo que llegue si usted se aleja?...

Elvira.—¿Y su arte, y su hijo?... ¿y todo lo que usted no conoce aún?...

Jaime.

—Inconsolable.—

—¡Ah, la vida!... ¡cómo ata!...

Elvira.—Usted puede mirar aún hacia el porvenir... Su porvenir está lleno de nuevos horizontes...

Jaime.—¿Y usted, y usted?...

Elvira.—Déjeme usted seguir mi destino... Mi destino es llegar siempre tarde á todas partes... llegar cuando ya no me esperan... ¿Hasta cuándo?... ¿Por qué no he renunciado á caminar?... Quizás la costumbre... Toda la vida así, con la vana esperanza de llegar á tiempo alguna vez... «Más adelante, más adelante—nos decimos,—quizás mañana...» ¡Y así la vida fué pasando, y en mi pobre corazón florecía cada año, estérilmente, una nueva primavera!...

Jaime.—Toda usted es una constante floración de ideas y palabras y sentimientos divinos... un jardín por el que no hubiese pasado nunca el invierno...

Elvira.—Mi invierno está cerca... ¡Ah, dice usted que la vida ata!... ¡La vida destruye!... y nosotros la hacemos más estéril llenándola de prohibiciones... *Siento el invierno en todas partes... basta que yo esté en cualquier sitio para que todo se deshoje y marchite en torno mío...*

Jaime.—*¡Usted, usted que hizo florecer en mi alma bellezas desconocidas!...*

Elvira.—*Apártese usted de mí, Jaime; apártese usted por su felicidad y por la felicidad de los suyos... por el recuerdo de sus muertos queridos...*

Jaime.—¡No se vaya usted, no se vaya!...

Elvira.—Es necesario... Déjeme usted partir y recoja lo bueno que yo haya dejado aquí... lo bueno únicamente...

Jaime.—¡No, no... no se vaya!...

Elvira.—Ya ve usted cómo la vida, por sí sola, basta para separar las existencias... ¡una sola palabra!...

Jaime.

—Con gran ansiedad.—

—¿Y la verdad?... ¿y la verdad?...

Elvira.—¿La verdad? Búsquela usted... búsquela usted en su propia conciencia...

—Dice estas palabras cerca ya de la puerta por donde va á salir. Jaime da hacia ella unos pasos para retenerla, pero ella desaparece tras la cortina. Hay un silencio breve. Jaime, apoyándose en el quicio de la puerta, para no caer, oculta el rostro entre las manos y rompe en sollozos.—

CAE EL TELÓN

FIN







SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN LA IMPRENTA DE TIRSO DE FRUTOS
EN MADRID
EL DÍA XXVIII DE JUNIO
DEL AÑO MCMXV

OBRAS DE RAMÓN GOY DE SILVA

PUBLICADAS

—*La Reina Silencio,* tragedia simbólica. (3.ª edición).
—*Sueños de noches lejanas.* (Agotada.)
En el bosque de la diosa Milita.
Amytis, esposa del rey Saosdukin.
El sueño de la reina Mab.
El coloquio de los astros.
—*La de los Siete Pecados.* (Agotada.)
Myriam, la de los Siete Pecados.
Salomé, la del velo de los siete colores.
Cleopatra, reina del pais de las esfinges.
Belkis, reina de Saba.
—*La Corte del Cuervo Blanco,* fábula escénica en cuatro jornadas y un prólogo. (2.ª edición.)
—*El Eco,* drama en tres actos, estrenado en el Teatro Español el 6 de Marzo de 1913.
—*El Reino de los Parias.* (Agotada.)
—*Sirenas Mudas.*

INÉDITAS

—*El libro de las heroínas.*
—*El libro de las hetairas.*
—*El sueño del bufón*, farsa escénica.
—*El desconocido*, capricho «gran-guiñolesco».
—*Un protector*, ídem íd.
—*La caja de Pandora,* poesías premiadas por la Academia de la Poesía Española.
—*Cantos de muerte y esperanza,* ídem íd.
—*Cuentos de Dinarzada,* ídem íd.
—*Cristo en los infiernos.*

EN PREPARACION

Teatro

—*La cena de las damas enmascaradas.*
—*Florinda,* drama legendario.
—*Catalina de Aragón.*
—*La sombra de la Esfinge.*
—*La abadesa negra.*

Novelas

—*El Pecado Monseñor.*
—*La historia de mi amigo Román.*
El triunfo de Icaro.
Para mujeres.
Las educandas.
En el bosque del amor.
El sueño del Pontifice.